



Los pueblos sedientos

De un tiempo a esta parte, hay un tema de interés que revolotea sobre nosotros en vuelo cansado: es el tema del alcoholismo. Se ha dicho de Guipúzcoa que es una provincia de borrachos, y este escupitajo de una lacra viciosa, lo he oído comentar en boca de médicos, maestros y gobernantes. Algunos, de entre ellos, han pretendido buscar remedios; otros, simplemente, se han limitado a presentarnos la enfermedad, pero todos, más o menos, han meditado en las peculiaridades de este fenómeno social que, francamente, me parece digno de interés y estudio. Se han hecho encuestas y estadísticas, claro está que, desagradables y descorazonadoras en su mayor parte, y sin embargo, creo yo que en todos estos análisis y estudios se ha dejado a un lado, sin que pueda explicármelo por qué, un factor tan positivo como el humano; no se ha escarbadado lo bastante en la psicología de nuestros paisanos, y no se han puesto en práctica, por lo tanto, los medios suficientes para, si no curarlo y prevenirlo, que esto es difícil, sí para atenuarlo y moderarlo. Se ha olvidado, como siempre, que el hombre, desnudo ante la sociedad y ante sí mismo, es quien marcará la ruta a seguir, y en este itinerario analítico, la primera pregunta que debió formularse era ésta: «¿Por qué se bebe tanto?» Y arrancar de la contestación un método de conducta.

Siempre que se le hace esta pregunta, mi memoria recurre a una escena que sorprendió cierta tarde de verano en una de nuestras viejas y típicas tascas. Fue, según recuerda, el mejor ejemplo que nunca pudo encontrar de un hombre abocado a su destino de alcohólico. Y sabe que se paró, un buen rato, a contemplarle, porque le pareció un sujeto digno de estudio.

El hombre bebía: nada más. Le rodeaba una soledad absoluta. Su universo se centraba exclusivamente en aquella parcela de mesa donde se apoyaba, en su vaso y en su vino. No le asomaba otra necesidad que terminar con lo que le habían servido, para volver a pedir más, y volver a vaciarlo en la misma postura inane y vencida. Algo, como un fatalismo de soledad y de inercia pesaba sobre sus hombros, y a su través, asomaba como un resquicio de alma esclava, alma sepultada en un foso de nihilismo y muerte. Me flotaron por el recuerdo los fantasmas de Dostoiewski y Tolstoi, y fui viendo a este hombre como un mujik cansado, de corazón de perro humilde, que se hubiera parado a descansar entre

el vacío y la nada. Su abandono no era humano, sino de bestia, de bestia humilde y pacífica, y daba motivo para pensar, si aquel alcoholismo que le iba quemando el alma y la sangre no le iba mordiendo al mismo tiempo el recuerdo y la voluntad. Según supe más tarde, fue vencido en unos sueños dementes y confusos y aniquilado en su conciencia de hombre.

A primera vista, el hombre aquel daba una impresión de cansancio y soledad, pero después, a medida que su imagen fue cuadrándose en mi pensamiento, se me concretó una idea que era el compendio y resumen de estas dos sensaciones: la de la sed. Aquel hombre estaba sediento. Pero sediento de algo más que de vino: sediento de comunidad, de fervor, de adhesión. En su alma, el deseo había alimentado un erial de inhibiciones, y se sentía reseco, cuarteado en una angustia de soledad, desligado de la colmena: no era socio, era uno. El hombre aquel, plegado ante la vida en una defensa involuntaria de su timidez, era un ente fracasado ante la sociedad, una unidad rebelde que le iba pidiendo a gritos amor y vida. Y bebía porque el vino iba caldeándole una resurrección de vaho, y él iba buscando esa mínima resurrección de un momento para sepultarse seguidamente en el suicidio del alcohol. Aunque había que fijarse en un detalle elocuente: no buscaba el vino por el vino; lo buscaba como compensación, y esta circunstancia del vicio como remedio, lo he ido viendo más adelante en muchos otros, que se han chapuzado en la obscuridad de una costumbre perniciosa, esperando hallar, acaso, una mínima chispa de luz. Existía, por lo tanto, una motivación en el delito, y sólo quedaba ya, como experimentación necesaria, el análisis de estas causas. El sujeto en cuestión constituyó para mí, inconscientemente, como un símbolo de nuestra raza, y su persona me sirve de circunstancia y coyuntura para explicar determinados fenómenos de nuestra caracterología.

Cualquiera que haya vivido entre nosotros habrá podido notar de qué manera más íntima se confunden el concepto del hombre macho con el de bebedor. Sustengo que el vasco es, como hombre, un espécimen raro sobre quien se han recargado atributos y potencialidades fuera de toda humana posibilidad. Nietzsche no pudo pensar, en cuanto a lo físico, en un Superhombre más completo y rentable; y el infantil, aunque también odioso Superman de los tebeos y las histo-

rias gráficas, queda en mantillas ante este nuestro «Homo brutus». Y lo peor del caso es que se fomenta esta animalidad. Nuestros deportes rurales estiman como gran honor la aparición en las plazas públicas de esta especie de orangutanes con su única vertiente de animalidad y fuerza, y unos cuantos individuos se preocupan por darles cabida en las esferas de la actividad humana, y ensalzan encomiásticamente su postura, olvidándose de las grúas y acordándose del maná. Así surge el mito del Hombre Vasco: el sujeto desbordado en virtudes de fortaleza. El reino de la fuerza y de la violencia han hecho entrada a través de esta estimación suya, y como paralelo, derivado inmediatamente de esta apreciación subjetiva, narcisista diría, aparece la otra actividad: la de la bebida. Este hombre fuerte, con fortaleza que comprendía todo un resumen de raza y latitud, se sentirá todavía más fuerte cuando aguante más que nadie bebiendo, cuando sobre su constitución, no ya de atleta, sino de monstruo, el alcohol no deje huellas. Habrá ahora una valoración distinta de su fortaleza. Y se creará un nuevo tipo de estimación: este hombre vive para la bebida. La multitud le ha aureolado con un mito de inmunidad, y beberá ante la gente —cuanta más gente mejor— para demostrar que la aureola le pertenece. Si notamos ahora que esta obligación que a sí mismos se han impuesto, puede llegar y se hace costumbre, podemos ir pensando en un débil fantasma de alcoholismo que nos viene amenazando por aquí.

Pero no es esto todo. El vasco es generalmente tímido y también esta timidez puede ser un agente eficaz en esta corriente. Y considerada tanto «per se», como «per accidens». Porque se acude al alcohol para no encontrarse solos, para no aburrirse, o para volcar su aburrimiento en el alcohol, como el hombre de mi historia, y se recurre también a él, para ponerse a la altura de los otros —un signo infalible de timidez—, para acopiar en sí, esa fuerza —aquí ya fuerza síquica— que necesita para dirigirse a su prójimo. Con frecuencia escuchamos a conocidos nuestros, decir que van a tomar unas copas para entonarse, y acuden a este remedio siempre que quieren dirigir la palabra a alguna muchacha que les gusta, o sencillamente para bailar, o para frecuentar un determinado círculo de sociedad del que, por propia y errada convicción, se sienten excluidos. Y aquí hemos tocado, sin proponérselo, la proyección de la timidez en la actitud vasca ante el erotismo, y de por qué, casi sólo y exclusivamente en nuestra tierra, se ven esos grupos de muchachas solas, tristes en su sonrisa, solitarias en compañía, sedientas de ideal y de hombre que estamos cansados de ver en tantas tardes de domingo sin alegría. Ellas, exponente de la mejor tradición de la fuerte mujer vasca, se mustiarán en una contumaz doncellez o se entregarán al abrazo forastero, porque se habrán dado cuenta de que el mozo de sus cercanías y en el que, posiblemente, ella había puesto sus ojos, no se atreve a requerirla, prefiere ir con sus amigos o por lo menos así lo demuestra, y se siente más que ridículo cuando habla de muchachas y de amor. Esta timidez, cuyas muestras damos, les abocará fatalmente, al cabo de los años, a un alcoholismo inerte y pasivo, como estamos acostumbrados a ver con harta frecuencia. Y es de notar como tiran al mismo foso del alcoholismo, la timidez y la incultura, porque también el inculto se echa al alcohol para huir del aburrimiento, porque el aburrimiento está presente, se le hace presente, nada más ponerse frente a sí mismo, que le equivale a ponerse frente a su incultura. De ahí la importancia de la soledad, algo nunca alabado suficientemente, porque la soledad es la medida del hombre,

y tanto más lo será, aquel que pueda resistirla por sus propias fuerzas, sin recursos externos.

Y quiero referirme de pasada a un remedio mostrenco en el que casi exclusivamente se ha pensado y hasta se ha llevado a la práctica: las Bibliotecas. Parece cosa conveniente que al hablar del alcoholismo nos refiramos paralelamente a las Bibliotecas. Cuando algún energúmeno chilla por ahí que hay muchos borrachos, algún otro idiota sale por la esquina de enfrente soltando que necesitamos Bibliotecas. ¿Para qué? ¿Olvidan, acaso, que no se hizo la miel para la boca del asno? ¿Qué ventaja puede acarrear una Biblioteca a una piara de analfabetos?

La idea de la Biblioteca, por la forma como la tratan, es una idea errónea. Nunca he confiado en esa biblioteca forastera que nos plantan ante las narices y nos la confían como un don gratuito. Las bibliotecas, como otros honestos goces de la vida, sólo nos valen en la medida que nos cuestan. Al contrario de los deshonestos que valen más cuanto menos nos cuesten. Es error pensar de otra manera. Una Biblioteca se hace con sudor y dinero, con deseo y con amor. Se persigue a un libro como a una mujer bella; esperamos su aparición, estamos al tanto de las editoriales y de sus novedades. Y celebramos su lectura con júbilo de corazón. Hay que saber palpar a los libros con la caricia que otros reservan para sus novias, y quererlos porque los hemos ido buscando y su lectura supone una posesión triunfal, en la que el libro se hace carne nuestra, pensamiento nuestro. Después, cuando ya leídos quedan acompañándonos en su discreto silencio, en su consuelo mudo, es hora de hablar de bibliotecas: es algo nuestro, es nuestra Biblioteca. Pero sólo podemos aplicar lo posesivo, cuando los hemos leído, y han llegado a formar ya la estructura ósea de nuestro pensamiento. No se puede estar al margen de este sentimiento, no se puede hablar de bibliotecas que nos hayan sido regaladas, precisamos conocerlas palmo a palmo. ¿Y cómo se producirá este conocimiento en esas bibliotecas «standard» que algunos pueblos han propugnado y establecido últimamente? ¿En qué medida ayudan al problema de una multitud sumida en una ignorancia de siglos que le tiene horror a los libros sólo por su aspecto exterior, y que ni remotamente han soñado en adentrarse por sus páginas? Esta postura de libros por «pose» de cultura, de biblioteca por narices, es un insulto a nuestra esperanza en el hombre, porque es el hombre, sólo el hombre, por convicciones que le nacen en lo íntimo suyo, quien debe dar el primer paso, constituirse en base. Y los libros comprados por uno mismo, doliéndonos cada uno de ellos en los bolsillos y en el corazón. Lo otro, las bibliotecas regaladas, sólo pueden paliar un determinado desfallecimiento de bolsillo en los verdaderamente aficionados o satisfacer una curiosidad, nunca proporcionar una afición, que es lo verdaderamente interesante.

Aunque también será oportuno recordar que nunca los libros, con afición o sin ella, constituirán un verdadero remedio al alcoholismo, y sí en muchos casos, un adecuado complemento para zambullirse y vivir en él. Literariamente, el recuerdo se ilustra con multitud de ejemplos: Faulkner, Baudelaire, Poe, Hemingway, Dylan Thomas, etc. El alcohol sirve para aguzar el ingenio cuando se tiene, al mismo tiempo que embota al obtuso. Todo es cuestión de temperamentos y genialidades.

La solución al problema del alcoholismo ha de buscarse, me parece, en la propia reacción humana, y en último caso, en una cura médica. Los demás sucedáneos que se nos aparecen bien envueltos en un formato de diversiones no son

nada más que eso: sucedáneos y no sirven para nada.

Aunque hay una ayuda que podemos y debemos prestar en este itinerario de redención: nuestro respeto, nuestra sonrisa, nuestra palabra. Debemos aprender a no burlarnos del borracho sino a respetarle como hombre y como prójimo; es preciso prestarle lo más íntimo nuestro: nuestra sonrisa; espera de nosotros uno de los pocos consuelos que podemos ofrecerle: nuestra palabra. Sabemos que esta buena voluntad nuestra nunca será garantía de bienvenida: podemos ser mal recibidos. Pero se nos impone la condición de hacer lo posible en este sentido.

Un calor tibio de caridad y de comprensión puede servir de eficaz ayuda en este aprendizaje del hombre. Y se ha de

ir con una conciencia convencida de enseñar. Pero enseñar desde abajo, desde la base, desde la raíz.

Un pueblo sediento nos cerca: sediento de cultura, de bienestar, de pensamiento. No piensa, porque no puede pensar. Una sociedad egoísta le ha privado del goce más legítimo, del más elevado, del más espiritual: el goce del pensamiento y de la cultura. Si somos conscientes de nuestro deber, hay un camino abierto a la acción: el de enseñarles a gustar de los goces del espíritu. Pero, como he dicho antes, empezando por abajo. Y, por favor, no les plantemos ante las narices, porque sí y como primera medida, las Bibliotecas.

SANTIAGO AIZARNA

De enseñanza

Cinco grados de niños (300 alumnos).

Profesores: Don Alfredo López, don Clemente Díez, Don Daniel Enciso, don Eulogio Divasón y don Ramón García.

BARRIO DE GAVIERROTA

Una unitaria de niñas (50 alumnas).

Profesora: Doña Petra Alvarez.

Una unitaria de niños (50 alumnos).

Profesor: Don Florencio Rodríguez.

BARRIO DE TOLAREBERRI

Una unitaria de niñas. (35 alumnas).

Profesora: Doña Antonia Yarzabal.

Una unitaria de niños (40 alumnos).

Profesor: Don Juan M.^a Jacue.

BARRIO DE ALAVERGA

Tres grados de niñas (120 alumnas).

Profesoras: Doña Ana María Torres, doña Isabel Martínez y doña Nélida Sagredo.

Tres grados de niños (120 alumnos).

Profesores: Don Jesús Cisneros, don Manuel Huerta y don Luis Cisneros.

ESCUELA SINDICAL DE FORMACION PROFESIONAL

TALLER ESCUELA DE FORMACION PROFESIONAL

Cinco cursos. (198 alumnos).

Profesores: Don José Luis Nagore, don Clemente Díez, don Ramón Trullas, don José Luis Cobreros, don Ignacio Urretavizcaya, don José M.^a Jordana, don Juan José Elizondo, don Fermín Lesaca, don Antonio Errasti y Rdo. don Juan José Durán.

CENTROS AUTORIZADOS

ASILO HOSPITAL

Tres clases, una de párvulos y dos de niñas de 6 a 12 años (217 alumnos).

Profesoras: Hermanas de la Caridad.

COLEGIO DEL SAGRADO CORAZON

Siete grados de niños de 8 a 14 años (370 niños).

Profesores: Hermanos del Sagrado Corazón.

COLEGIO DE LAS HIJAS DE LA CRUZ

Cinco grados y uno de párvulos. (200 alumnas).

HERMANAS NISTAL

Matrícula de ambos sexos. (110 alumnos).

ROSA ESNAOLA

Matrícula de ambos sexos (165 niños).

HERMANAS AYERBE

Matrícula de ambos sexos (106 alumnos).

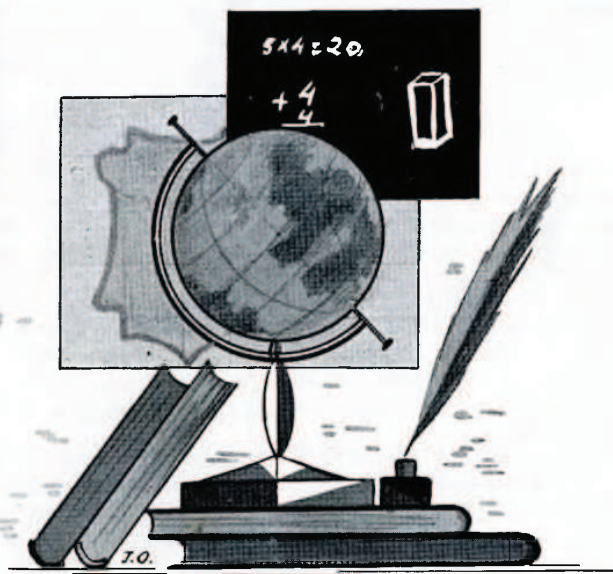
REBOLLAR

Matrícula de ambos sexos. (30 alumnos).

ENSEÑANZA MEDIA

La tienen establecida los Hermanos del Sagrado Corazón, Hijas de la Cruz y el Colegio de la Magdalena, en las que se dan las enseñanzas del bachillerato elemental.

J. H.



En localidades como Rentería donde la inmigración ha sido tan importante en los últimos años, que durante ellos se ha duplicado el número de sus habitantes, no es extraño se hayan producido problemas varios que solamente con buena voluntad y perfecto sentido del deber, por parte de las autoridades locales, van camino de normalizarse.

Uno de estos problemas ha sido y es, el de la enseñanza.

Quiero dar a conocer los centros de esta especialidad que en la actualidad funcionan en Rentería, y que el lector juzgue si este aspecto de la vida en nuestra Villa se encuentra o no atendido, advirtiendo que, además de los reseñados, está ya en marcha la construcción del nuevo Grupo escolar de GALZABORDA (barrio de Pontika), que constará de tres grados para niñas y tres para niños, con una matrícula de 240 alumnos, y será regentado por seis profesores.

ESCUELAS MUNICIPALES

GRUPO ESCOLAR VITERI

Una clase de párvulos niñas. (58 alumnas).

Profesora: Doña María Olascoaga.

Una clase de niños, régimen graduado. (65 alumnos).

Profesor: Don Ramón Herrero.

ESCUELAS NACIONALES

GRUPO ESCOLAR VITERI

Siete grados de niñas (285 alumnas).

Profesoras: Doña Ignacia Flores, doña Luisa Correas, doña Victoria Goicoechea, doña Julia Irazu, doña Filomena Goñi, doña María Arrillaga y doña Victoria Igarzabal.